

fortuna bastante fuerte para ayudarle á sostener su rango, cosa á que no habría subvenido la mezquina renta de cinco mil francos que le proporcionaban unas tierras recogidas ya por él del patrimonio materno. Para completar sus sueños ambiciosos evocó la cara candorosa de la señorita Angélica Bontems, compañera de sus juegos de la infancia. Hasta que no estuvo en su pleno juicio, sus padres no se habían opuesto á la intimidad con que trataba á la linda muchacha; pero en los cortos intervalos de vacaciones, cuando volvía á Bayeux, hinchados por su nobleza, quisieron cortar la inclinación que seguía demostrando á la joven, y le prohibieron pensar en ella. Hacía, pues, diez años que Granville no había podido ver sino fugaces momentos á la que él llamaba su *pequeña mujer*, y entonces, á hurtadillas, recatándose de sus respectivas familias, apenas si consiguieron cambiar breves palabras al paso, dentro de la iglesia ó en la calle. Los ratos más felices que pasaron durante esta época fueron cuando, reunidos ambos por una de esas fiestas campestres llamadas en Normandía *asambleas*, pudieron contemplarse furtivamente y separados uno del otro. En el período de sus últimas vacaciones vió Granville dos veces á Angélica, y la mirada humilde y la triste actitud de su *mujercita* le demostraron que sufría el peso de no sé qué despotismo oculto. Había llegado á las siete á la administración de los Ordinarios de la calle *Notre-Dame-des-Victoires*, y halló por fortuna un asiento en el coche que sale á dicha hora para Caen.

No volvió á ver, sin sentir emoción profunda, el abogado los campanarios de la catedral de Bayeux. Como no había sufrido desengaños serios hasta entonces, abríase su pecho á todas las esperanzas risueñas que embellecen la edad juvenil. Concluído el prolongado banquete de bienvenida con que le obsequiaban su padre y los amigos, se acompañó al impaciente joven á cierta casa situada en la calle *Teinture*, que era muy conocida para él. Latíale el corazón con acelerado impulso, cuando su padre, á quien seguían llamando en Bayeux conde de Granville, llamó rudamente á una puerta cochera cuya pintura verde se iba desconchando. Eran cerca de las cuatro de la tarde. Una criada joven que ostentaba en la cabeza un gorriño de algodón blanco, saludó á los dos señores, haciéndoles una cumplida reverencia, y respondió que sus amas habían ido á visperas y estarían pronto de vuelta. Entraron el conde y su hijo en una sala baja, pa-

recida al locutorio de un convento. Unos artesones de nogal pulimentado sombreaban esta pieza, alrededor de la cual, simétricamente colocadas, veíanse varias sillas y algunos sillones antiguos. La chimenea era de piedra y por todo adorno lucía un espejo verdoso, por cuyos extremos salían las retorcidas ramas de los candelabros fabricados en la época de la paz de Utrecht. Sobre el maderamen y enfrente de dicha chimenea vió el joven Granville un gran crucifijo de ébano y marfil rodeado de boj bendito. Aunque entraba la luz por tres ventanales que daban á un jardín cuyos cuadros uniformes estaban bordeados por largos surcos marcados por las plantaciones de boj, había en la sala tan dudosa claridad, que casi no se distinguían en el testero lateral tres cuadros religiosos que habían producido hábiles pinceles y que compraría indudablemente durante la revolución el viejo Bontems, el cual, como jefe del distrito que era, se atuvo siempre á lo que importaba á sus intereses. Desde el piso, cuidadosamente conservado, hasta los cortinajes de tela á cuadros verdes, brillaba todo con limpieza monástica. El corazón del joven se sintió involuntariamente oprimido al examinar el retiro en que vivía Angélica. El continuo frecuentar los brillantes salones de París y el torbellino de los goces que ofrece la capital había ido borrando con facilidad el recuerdo de la existencia sombría y pacífica que se lleva en provincias, y en esta ocasión el contraste fué tan vivo y rápido, que sintió una especie de conmoción íntima. Salir de una fiesta en el palacio de Cambaceres, donde la vida se manifestaba en toda su prodigalidad, donde los espíritus no hallaban límite á su horizonte, donde se reflejaba con tan vivos tonos la gloria imperial, y caer de repente en un círculo de ideas mezquinas, ¿no era lo mismo que verse transportado desde el alegre cielo de Italia á la fría Groenlandia? «Vivir aquí no es vivir», pensó examinando minuciosamente aquel cuarto propio de un metodista. El conde, advirtiendo lo que pasaba en el alma de su hijo, le cogió de la mano, y, arrastrándole al pie de una reja por donde entraban aún algunos reflejos del sol, y en tanto que la criada encendía las bujías de los candelabros, procuró disipar las nubes tétricas que obscurecían su frente.

—Escucha, hijo mío; la viuda de Bontems es exageradamente devota. Cuando el diablo se hace viejo... ya sabes. Bien veo que las libres auras del bufete han oreado tu espí-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO DE LEDESMA"  
 Amd. 2005 MONTERREY, MEX.



ritu, y se te descubre en la mueca que haces contemplando todo esto. Es preciso que sepas la verdad. Los curas han sitiado á la vieja, haciéndole creer que no se llega nunca tarde cuando se quiere ganar el cielo. Para tener más propicia la entrada, á san Pedro le compra las llaves. Va á misa todos los días, asiste á todos los oficios, comulga todos los domingos y se entretiene restaurando algunas capillas. Ha regalado tantos ornamentos á la catedral, albas y capas; ha recamado de tantas plumas los paliós, que en la última procesión del Corpus era la multitud tan inmensa como la que asiste á las ejecuciones, atraída por el deseo de ver á los clérigos magníficamente ataviados y sus ornamentos como si estuvieran acabados de dorar. Resulta esta casa una verdadera tierra santa. Yo he impedido á la loca que ceda estos tres cuadros á la iglesia; un Domingo, un Corregio y un Andrés del Sarto, que valen mucho dinero.

—¿Pero Angélica...?

—Si no te casas con ella está perdida. Nuestros excelentes apóstoles le han imbuido la idea de ser virgen y mártir. No me ha costado poco esfuerzo despertar su corazón hablándole de ti, cuando he visto que se convertía en herejera; pero no se te oculta que una vez casado, la llevarás á París, y allí, las fiestas, las dulzuras de la luna de miel, el teatro y el vértigo de la vida parisiense la obligarán á relegar al olvido los confesionarios, los ayunos, los cilicios y las misas en que se amamantan exclusivamente estas criaturas.

—Pero las cincuenta mil libras de renta, que proceden de los bienes de la Iglesia, no volverán...

—En eso estamos—dijo el conde revelando en su fisonomía un aire maligno.—En consideración al casamiento, pues no ha halagado poco su vanidad la idea de injertar los Bontems en el árbol genealógico de los Granville, la susodicha madre lega en propiedad toda su fortuna á la niña, reservándose el usufructo. Por eso los clericales se oponen con todas sus fuerzas á que se realice el matrimonio. Pero he hecho que se publicasen las amonestaciones; todo está listo, y dentro de ocho días estarás libre de las garras de la madre ó de la de sus abates. Serás dueño de la muchacha más linda de Bayeux, una buena comadre que no te causará pesadumbres. Se ha visto muy mortificada, como dirían en su jerigonza, por los ayunos, por las oraciones y...—añadió en voz baja—por su madre.

Un golpe dado discretamente en la puerta impuso silencio al conde, quien creyó que iban á entrar las dos damas. Dejose ver un criadito que presentaba el aire muy preocupado; asustado al ver á los dos hombres, hizo un signo á la niñera que corrió á su lado. Vestía un chaleco azul de cortos falzones que caían sobre sus caderas y un pantalón rayado azul y blanco; llevaba los cabellos al rape y parecíase su figura á la de un monaguillo, tan bien reflejaba su cara el aire compungido hipócrita que tienen todos los que viven entre devotos.

—¿Sabe usted, señorita Gatiene, dónde están los libros para el oficio de la Virgen? Las damas del Sagrado Corazón hacen una procesión esta tarde en la iglesia.

—¿Hay para mucho, pequeño?—preguntó el conde.

—A lo más para una media hora.

—Vamos, pues, á ver la ceremonia; hay muy lindas mujeres—dijo el padre al hijo.—Una visita á la catedral no puede aburrirnos.

El abogado siguió á su padre con aire irresoluto.

—¿Qué tienes, hombre?

—Tengo, padre, tengo... que tengo razón.

—Nada has dicho aún.

—Sí, pero he pensado que guarda usted diez mil libras de renta, y que me las dejará usted lo más tarde posible, según es mi deseo; sólo que si me da usted cien mil francos para contraer un matrimonio estúpido, permítame que me contente con cincuenta mil para evitar una desgracia, y gozar, permaneciendo soltero, de una fortuna igual á la que pudiera aportarme vuestra señorita Bontems.

—¿Estás loco?

—No, padre mío; lo que ocurre es esto: que el gran juez me prometió anteayer una plaza en los tribunales de París. Cincuenta mil francos, unidos á lo que yo poseo, y á los rendimientos de mi destino, me proporcionarán una renta de doce mil francos. Ciertamente que tendré entonces proporciones, preferibles cien veces á una alianza tan pobre de felicidad como rica en fortuna.

—Bien se echa de ver que no has vivido bajo el antiguo régimen. ¿Acaso crees que nos ha estorbado á nosotros nunca la mujer?

—Pero, padre, hoy el casamiento...

—¡Tal! ¡tal!—interrumpió el conde.—Todo el lío con que



me aturden las orejas mis viejas camaradas ¿es, pues, cierto? ¿Nos ha traído la revolución costumbres que excluyen el buen humor,apestando á los jóvenes con principios engañosos? Todo igual á mi cuñado el jacobino. Vas á hablarme, como si lo viera, de nación, de moral pública, de desinterés. ¡Oh, Dios mío! ¿qué sería de nosotros sin las hermanas del emperador?

Este viejo verde, á quien todavía llamaban los colonos de sus tierras el señor de Granville, dió fin á su perorata entrando por los pórticos de la catedral. No obstante la santidad del sitio, tarareó, mientras tomaba el agua bendita, un aire de la ópera *Rosa y Colás*, y luego guió á su hijo por las galerías laterales de la nave, deteniéndose en cada pilastra para examinar las filas de cabezas que se veían alineadas como lo están en la parada los soldados. Iba á principiarse el oficio particular del Sagrado Corazón, y las damas que pertenecían á este grupo se hallaban cerca del coro, por lo cual allí se encaminaron el conde y su heredero, arrimándose á uno de los pilares más oscuros, desde donde pudieron abarcar la masa entera de cabezas comparables á un prado lleno de flores. A dos pasos del joven Granville, una voz, que parecía imposible, por lo dulce, que saliera de garganta humana, entonó como el primer ruiseñor que suelta sus trinos después del invierno. Le acompañaban mil voces distintas de mujer junto con las del órgano, y á pesar de ello removió sus nervios como si acabasen de herirlos las notas demasiado ricas y vivas de la escala armónica. Volvió la cabeza el parisiense y vió á una criatura, cuyo rostro, á consecuencia de estar inclinado, perdíase bajo un ancho sombrero de tela blanca; pensó que sólo de ella pudiera venir tan clara melodía; creyendo reconocer á Angélica, no obstante la capa de merino oscuro que la envolvía, tocó suavemente al brazo de su padre.

—Sí, ella es—dijo el conde buscando en la dirección que le señalaba su hijo. Con el gesto indicó á una vieja, cuyos ojos profundamente surcados por un círculo negro habían descubierto ya á los dos hombres, sin que su mirada hipócrita pareciera moverse del libro de oraciones. Angélica levantó la vista hacia el altar, como aspirando los penetrantes perfumes del incienso que envolvía en sus nubes á las dos damas. Al resplandor misterioso que proyectaban en aquel recinto sombrío los ciriales, la lámpara de la nave y

algunas bujías encendidas en las pilastras, el joven descubrió un semblante que quebrantó sus propósitos. El sombrero de muaré encuadraba perfectamente la faz admirable en su armonía, por el óvalo que describiera la cinta de satén anudada bajo una barbilla que hacía más preciosa el hoyuelo. Sobre la frente estrecha, pero muy mona, partíanse en dos ondas los cabellos de oro pálido, cayendo alrededor de las mejillas como la sombra de follaje sobre un ramillete de flores. Estaban dibujados los dos arcos de las cejas con la corrección que se admira en los hermosos rostros de las chinas. La nariz, casi aguileña, presentaba una firmeza rara en sus contornos, y los dos labios parecían dos líneas rosadas que trazara amorosamente un delicado pincel. Los ojos, de un azul pálido, indicaban candor. Si notó Granville en aquella cara algo á manera de rigidez silenciosa, atribuyólo á la devoción que sentía entonces Angélica. Las santas palabras de la oración pasaban entre dos filas de perlas de donde lo frío del ambiente permitía ver salir como una nube de aromas. Trató, con involuntario impulso, el joven de inclinarse para respirar su aliento divino; pero al moverse atrajo la atención de la joven y su mirada se convirtió á Granville, á quien la obscuridad dejaba sólo ver de un modo indistinto, lo que no fué óbice para que reconociera al compañero de la infancia: un recuerdo más poderoso que sus plegarias dió á su tez un brillo sobrehumano: ruborizóse. El abogado tembló de alegría viendo que la esperanza del amor triunfaba de la esperanza en la otra vida, y que eclipsaban á la gloria del santuario los recuerdos terrestres; sólo que su triunfo fué efímero. Bajó Angélica el velo, adoptó una actitud severa y volvió á cantar, sin que el timbre de su voz acusara la emoción más leve. Granville sufrió la tiranía de un deseo único, furioso, y todas sus prudentes ideas se desvanecieron. Cuando hubo terminado el oficio estaba impaciente hasta tal punto, que sin aguardar á que las dos damas volbiesen á casa, corrió en seguida á saludar á su *mujercita*. El reconocimiento fué tímido por ambas partes y se hizo en el soportal de la iglesia, delante de los fieles. Se estremeció de orgullo la señora Bontems aceptando el brazo del conde de Granville, que, obligado á ofrecerlo á la vista de tanta gente, no pudo perdonar á su hijo la impaciencia poco culta de que había dado muestras. Durante los quince días que pasaron desde la presentación oficial del vizconde de Granville como



novio de la señorita Bontems, al día solemne de su casamiento, concurrió asiduamente al sombrío locutorio, que al fin no le extrañaba ya. El objeto de aquellas largas entrevistas era estudiar el carácter de Angélica, pues su prudencia resucitó por fortuna al otro día de haberse visto. La sorprendió casi siempre sentada delante de una mesilla de madera en que se hallaba la imagen de santa Lucía, y ocupada en marcar la ropa blanca de su ajuar. Angélica no rompía á hablar nunca de religión. Si el joven se complacía en jugar con el rico rosario contenido en una bolsita de terciopelo verde, si contemplaba riendo la reliquia, Angélica la cogía dulcemente de sus manos, dirigiéndole una mirada suplicante, y sin decir palabra la encerraba de nuevo en su sitio. Si Granville se aventuraba alguna vez á declamar maliciosamente contra determinadas practicas religiosas, escuchábale la linda normanda oponiéndole una sonrisa en que se revelaba su convicción. «O no creer nada ó creer todo lo que la Iglesia enseña, respondía. ¿Querías para madre de tus hijos á una doncella sin religión? no. ¿Qué hombre se atrevería á ser juez entre los incrédulos y Dios? Pues bien, ¿cómo puedo afejar lo que la Iglesia admite?» Había tanta unción en los sentimientos caritativos de Angélica, tan profundamente ahondaban en su ser las miradas que le dirigía, que más de una vez se sintió tentado á profesar las creencias de su novia; la decidida voluntad que manifestaba para seguir por el recto camino despertó en el corazón del futuro magistrado algunas dudas que ella intentó alimentar en beneficio propio. Granville cometió entonces la irreparable tontería de confundir el influjo del deseo con el del cariño: porque, manifestó Angélica tanto agrado en poder conciliar sus deberes religiosos con el dulce afecto nacido en la infancia, que, confundido su amante, no supo apreciar cuál sentimiento de los dos era más fuerte en el espíritu de la que iba á ser su esposa. ¿Acaso los jóvenes no se inclinan siempre á fiar en las promesas de un lindo palmito, á juzgar la belleza del alma por la hermosura del rostro? Por impulso irresistible creen siempre que la perfección moral concuerda con la perfección física. Si la religión hubiera levantado en el pecho de Angélica una bartera contra sus inclinaciones amantes, hubiéranse luego secado en él como una planta rociada con un ácido venenoso. ¿Podía, pues, reconocer el enamorado mancebo un fanatismo tan cuidadosamente

oculto? Tales fueron las sensaciones que experimentó Granville durante aquella quincena devorada como un libro cuyo desenlace interesa al lector. Le pareció que era Angélica la más tierna de todas las mujeres y le sorprendió el pensar que tenía que agradecer á la señora Bontems su acierto en inculcarle tan sólidos principios religiosos, preparándola así á aceptar todas las amarguras de la vida. El día en que se firmó el fatal contrato, la viuda le hizo jurar solemnemente que respetaría las prácticas religiosas de su hija, dejándola en completa libertad de conciencia, y que no se opondría á que comulgase y confesase y fuese á la iglesia tanto como le viniera en antojo, sin contrariarla jamás en lo tocante á la elección de sus directores espirituales. Mirábale la novia con aire tan puro y tan cándido, que no vaciló en asentir á cuanto acababan de exigirle. Una sonrisa indefinible se dibujó en los labios del abate Fontanón, hombre frío que dirigía las conciencias de la casa. En cuanto á la señorita Bontems, sólo prometió, haciendo un ligero movimiento de cabeza, que no abusaría de la libertad que su futuro le otorgaba. Entretanto, el conde silbó suavemente el aire de «*Vete á ver si vienen!*»

Después de algunos días concedidos á la tornaboda, tan famosa en provincias, Granville y su mujer se trasladaron á París donde llamaba á aquél su nombramiento de abogado general cerca del consejo imperial del Sena. Cuando buscaron casa, empleó Angélica todo el influjo que da á las mujeres la luna de miel para que su esposo se decidiera á tomar una hermosa habitación situada en el piso bajo de un hotel que hacía esquina en las calles *Vielle-Rue-du-Temple* y *Neuve-Saint-François*. El principal motivo que tuvo fué el de que se encontrase á dos pasos de la calle de Orleans, donde había una iglesia, casi junto á la capillita situada en la de *Saint-Louis*. «La mujer de su casa hace provisiones», le respondió riendo su marido. Obligóle á observar ella razonablemente que el barrio del *Marais* está muy cerca del Palacio de Justicia, y que los magistrados, á quienes acababan de visitar, vivían allí. Avaloraba la casa un jardín bastante vasto, sobre todo para las exigencias de un matrimonio joven, y los hijos, si el cielo los enviaba, podrían respirar libremente el aire; el patio era espacioso y las caballerizas preciosas. El abogado deseaba vivir en un hotel de la *Chausée-d'Antin*, donde todo respira con la viveza alegre de las modernas construcciones,



donde la moda triunfa, donde el gentío que puebla los *bulevares* brilla por su elegancia, y desde donde no se necesita andar mucho para asistir á los teatros y hallarse entre el barullo de las distracciones; pero tuvo que ceder á los embalsos de una dama que pedía su primer favor, y se enterró, por complacerla, en el Marais. Las tareas le obligaron á un trabajo tanto más asiduo cuanto que no estaba impuesto de su cargo aún, y de ahí que procurase ante todo dejar arregladas sus habitaciones y su biblioteca; acomodóse en seguida en un despacho lleno de legajos, y dejó á su mujer que se las compusiera con el decorado de la casa. Y dejó de tan buena gana á Angélica en la fastidiosa labor de ir formando el nido y de escoger los primeros accesorios, que suelen ser origen de tantos placenteros recuerdos para los recién casados, cuanto ya se veía obligado á no estar junto á su esposa más de lo que permitían las exigencias de la luna de miel, lo cual no dejaba de molestarle. Sólo una vez le permitió, estando ya muy metido en sus ocupaciones, que le sacara de su gabinete para enseñarle el efecto que hacía el mueblaje y los adornos, que no había visto en conjunto, sino aisladamente.

Si á juzgar por lo que reza el adagio, es cierto que se puede juzgar á la mujer viendo la puerta de su casa, más fielmente darán idea de su espíritu las ideas interiores. Y como es posible que la señora de Granville hubiera impreso su propio carácter á un mundo de enseres elegidos y dispuestos por ella, resultó que el magistrado no pudo menos de sorprenderse al notar el sello seco, de fría solemnidad que reinaba en las piezas todas: no había gracia en ninguna parte; todo era desacorde y nada recreaba los ojos. El mismo espíritu de rectitud y de urbanidad que notara en el locutorio de Bayeux revivía en su hotel bajo los anchos artesonados huecos, que adornaban esos arabescos de líneas retorcidas que acusan tan mal gusto en quien los escoge. Como deseaba disculpar á su mujer, volvió al examen, empezando por el recibidor, que era grande y alto de techo. El color de la madera era demasiado obscuro, tétrico; y el terciopelo, de un verde muy pronunciado, escogido para cubrir los asientos, contribuía á hacer más pesada y grave esta pieza, que no por menos importante, deja de predisponer al que entra en una casa, para su juicio, del mismo modo que se suele prejuzgar del carácter de un hombre por la primera

frase que pronuncia. El recibidor es como una especie de prefacio, que debe dar idea de lo que sigue, pero sin prometer en definitiva cosa alguna. El sustituto se preguntó si era posible que su esposa hubiera elegido la lámpara de forma antigua que oscilaba en el centro de aquella sala desnuda, con el suelo de mármol á cuadros blancos y negros, y tapizada de papel figurando hiladas de piedras labradas de sillería con manchas de un á modo de musgo verde. Había un barómetro, no por costoso, menos antiguo, adosado á una de las paredes, como para aumentar la impresión del vacío. El hombre miró á su mujer, y la vió tan contenta de los galones rojos que adornaban las cortinas de percal, tan satisfecha por su barómetro y por la *estatua decente*, adorno de una gran estufa gótica, que no tuvo valor para destruir sus ilusiones. En vez de condenar á su esposa, Granville se condenó á sí mismo, acusándose de haber olvidado sus deberes que le ponían en el caso de servir de guía en París á una joven educada en Bayeux. Teniendo presente esta muestra ¿quién no adivinaría el decorado de los demás departamentos? ¿Qué se iba á esperar de una joven á quien asustaba el ver las piernas de una cariátide y que rechazaba un candelabro, un mueble cualquiera, desde que descubría la desnudez de un torso egipcio? En la época citada rayaba en el apogeo de su gloria la escuela de David y dominaba la corrección de su dibujo, notándose en todo la influencia de su afición á las formas antiguas, que convirtió hasta cierto punto su pintura en una especie de escultura con colores. Pero ninguno de los inventos que resaltaban en el lujo imperialista obtuvo carta de naturaleza en casa de la señora de Granville. El inmenso salón cuadrado de su hotel conservó el blanco y el oro pálidos y descoloridos que luciera en época de Luis XV, donde había prodigado el arquitecto rayas y más rayas en figuras geométricas, y los insoportables festones debidos á la estéril fecundidad de los diseños que privaban entonces. Y si por lo menos hubiese armonizado el conjunto; si los muebles hubiesen dado á la caoba nueva apariencia de los contornos puestos en boga por el maleado gusto de Boucher, la casa de Angélica sólo habría ofrecido el contraste gracioso de dos jóvenes que vivieran en el siglo diez y nueve como si se hallasen aún en el diez y ocho; pero no era así; había toda una confusión de objetos que producían no sé qué antítesis ridículas. Las consolas, los relojes de so-



bremesa, los candelabros representaban todos esos atributos guerreros que los triunfos del imperio hicieron tan estimables en París. Los cascos griegos, las espadas romanas cruzadas, los escudos que realzó el entusiasmo militar y que decoraban hasta los muebles más pacíficos, no casaban ciertamente con los delicados é historiados arabescos, delicia de la Pompadour. La devoción conduce muchas veces á cierta humildad fatigosa, rara, que no está reñida, sin embargo, con el orgullo. Ya por modestia, ya porque á ello propendiesen sus gustos, parecía que la señora de Granville repugnaba los colores suaves y claros. Es posible que imaginara que la púrpura y el negro convenían á la dignidad del magistrado. Pero ¿cómo podría una joven, acostumbrada á las prácticas austeras, avenirse con esos voluptuosos divanes que inspiran malos pensamientos, esos gabinetitos pérfidos y elegantes donde comienza la iniciación del pecado? El pobre esposo no tuvo consuelo. Por el tono con que aprobaba los elogios que su mujer hacía de su obra, notó ella que nada de todo aquello complacía á su marido; y manifestó tanto pesar por no haber logrado salir victoriosa en su empeño, que el enamorado Granville vió una prueba más de ternura en lo que no eran sino manifestaciones de la vanidad herida. ¿Qué más pudiera hacer una joven trasplantada de las vulgaridades que infestan las ideas de los provincianos, inhábil para las coqueterías y la elegancia de la existencia parisién? El magistrado prefirió creer que en la elección de su esposa habían influido los proveedores, antes que confesarse la terrible verdad. De estar menos ciego por el amor que sentía, hubiera visto que los comerciantes, tan duchos en adivinar el carácter de sus parroquianos, debían haber bendecido á la providencia que les mandaba una devota joven y sin gusto, para ayudarles á desprenderse de objetos arrinconados por falta de actualidad. Consoló, pues, á su linda normanda.

—La felicidad, mi querida Angélica, no está en un mueble más ó menos elegante, sino que depende de que la mujer sea dulce, complaciente, amorosa.

—Mi deber es amarte, y no habrá deber que cumpla jamás tan á mi gusto—replicó mimosamente ella.

Ha puesto la naturaleza en el corazón de la mujer tal deseo de agradar, tanto anhelo de cariño, que aun entre las más devotas ocurre que los primeros goces del himeneo

obscurcen todos sus pensamientos de salvación eterna. Por eso, sin duda, vivieron en adorable paz los dos esposos desde el mes de abril, época en que contrajeron matrimonio, hasta principios del invierno. El amor y el trabajo tienen la virtud de hacer que el hombre mire con indiferencia todo lo que se agita en torno suyo. Obligado á pasar en el Palacio de Justicia la mitad del día y á discutir los graves intereses de la existencia ó de la fortuna de los hombres, Granville no pudo, como otros, notar ciertos pormenores del interior de su casa. Si comía de vigilia los viernes, y por casualidad buscaba un plato de carne, sin que se le sirviera, su mujer, á quien el Evangelio prohibía mentir, halló pretextos, empleando toda la astucia inocente permitida cuando se emplea en interés de la religión, disculpándose con su aturdimiento, ó quejándose de que el mercado estuviera mal servido; á lo mejor lo hacía á costas del cocinero y aun llegaba á reñirle. Entonces, los magistrados jóvenes no eran meticulosos en materia de ayunos ni en respetar las témporas y las vísperas de fiesta, y Granville no observó, por tanto, en un principio la regularidad de estas comidas, que tuvo buen cuidado su mujer de hacer apetitosas, sirviéndole cercetas, gallinetas, pasteles ó pescado cuyas carnes anfibias y cuyos condimentos engañaban fácilmente el paladar. Vivía el buen curial como el más escrupuloso ortodoxo, sin darse cata de ello. Ignoraba si su mujer iba ó no á misa los días de trabajo, y los domingos, por una condescendencia muy natural, la acompañaba á la iglesia, como para corresponder á que ella le sacrificase de cuando en cuando las vísperas; no pudo, de consiguiente, abarcar en toda su extensión la rigidez de costumbres religiosas que caracterizaban á su mitad. Como el calor hacía intolerable la asistencia á los espectáculos públicos, no tuvo Granville ocasión en todo el verano de proponer la asistencia á este género de diversiones; ninguna obra de éxito figuró en el cartel, y el peligro del teatro pasó fácilmente. Hay que considerar también que en el primer período del matrimonio, cuando el hombre lo contrae subyugado por la belleza de su amada, le es muy difícil ser exigente en sus goces. La juventud es más golosa que glotona, y, por otra parte, en la posesión sólo hay una especie de embeleso.

¿Cómo es posible fijarse en la frialdad, la digna actitud, ó la reserva de la mujer, cuando se la mira á través de



la exaltación que nos produce y la colorea el brillo de nuestro propio apasionamiento? Es preciso llegar á ciertas alturas tranquilas de la existencia conyugal para ver que una devota espera el amor con los brazos cruzados. Creyóse Granville feliz, hasta el instante en que un acontecimiento funesto vino á influir en los destinos de su casa. En noviembre de 1808 se trasladó á París el canónigo de la catedral de Bayeux, que había dirigido tiempos pasados á la señora Bontems y á su hija y le arrastraba la ambición de plantarse en uno de los curatos de la capital, puesto que creía, sin duda, escabei necesario para elevarse al obispado. Al recobrar el dominio sobre su oveja, asustóse de ver cómo la habían revuelto los aires de París, y trató de atraerla nuevamente al frío redil. Asustada por las amonestaciones del ex canónigo, hombre de treinta y ocho años próximamente, que aportaba al clero de París, tan tolerante y tan ilustrado, el rigor del catolicismo provincial, la gazmoñería inflexible, cuyas múltiples exigencias son otros tantos lazos para cazar á las almas timoratas, hizo penitencia la señora de Granville y cayó otra vez en sus exageraciones jansenistas. Fuera muy pesado el ir refiriendo todos los incidentes que de una manera insensible sembraron la discordia y la desolación en el seno de esta familia, y bastará con que se apunten los principales sin ordenarlos con escrupulosa exactitud. La primera desavenencia fué ruidosa. Cuando Granville hizo frecuentar á su mujer el trato de sociedad, no se negó ella á concurrir á las reuniones serias, á comidas y conciertos, á las visitas de los magistrados que estaban más altos que su marido en la jerarquía de la judicatura; pero supo quejarse de fuertes migrañas, durante largo espacio de tiempo, si se trataba de algún baile. Un día, aburrido Granville de estas indisposiciones de encargo, ocultó la carta que anunciaba un baile en casa de un consejero de Estado; engañó á su esposa, transmitiéndole una invitación verbal, y cuando llegó la noche, en que, por cierto, la salud de la dama no anunciaba perturbación ninguna, la transportó á la mágica fiesta.

—Querida mía—le dijo al regreso, ofendido por el aire triste que aparentaba en su rostro,—tu condición de mujer, el rango que ocupas en sociedad y la fortuna que tienes te imponen deberes que ninguna ley divina puede abrogar. ¿No eres la gloria de tu marido? Pues debes ir al baile si yo voy y presentarte convenientemente.

—Pero, amigo mío, ¿qué hay en mi tocado de censurable?

—Se trata de tus modales, querida. Cuando uno se acerca á ti y te habla, te pones tan seria, que todo el que piense mal puede creer en la fragilidad de tu virtud. Parece que temes el que una sonrisa no te comprometa. Estabas en ademán de pedir á Dios el perdón de los pecados que pudieran cometerse al lado tuyo. La sociedad, ángel mío, no tiene nada de convento. Pero, puesto que hablas del tocado, te confesaré que tienes también la obligación de seguir las modas y los usos de las gentes.

—¿Quisieras que enseñase yo mis formas, como esas damas desvergonzadas, que llevan el descote de modo que incitan á que caigan las miradas impúdicas sobre las espaldas desnudas, sobre...?

—Hay diferencia—interrumpió el sustituto—entre descubrir todo el busto y dar gracia al talle. Llevas una triple hilera de colmenas de tisú que te tapan el cuello hasta la barba. No se diría sino que exiges á tu modista que quite toda forma airosa á tus espaldas y al contorno de tu seno, con tanto cuidado que emplea una coqueta en obtener de la suya que dibuje bien las formas más ocultas. El busto va sepultado bajo tal número de pliegues y repliegues, que no había quien no se burlase de tu afectada reserva. Te haría sufrir repitiéndote las frases ridículas que has inspirado.

—Aquellos á quienes tales obscenidades halagan no cargarán con el peso de nuestras faltas—respondió secamente la joven.

—¿No has bailado?—preguntó Granville.

—No bailaré nunca.

—¿Si yo te dijera que debes bailar!—adujo vivamente el juez.—Sí, debes seguir las modas, y hacer que brillen en tus cabellos las flores y los diamantes. Ten presente, hermosa, que los ricos, y ricos somos nosotros, tienen el deber de mantener el lujo en un Estado. ¿No vale más contribuir á que prosperen las industrias, que derrochar el dinero en limosnas por la mano de los clérigos?

—Hablas como hombre de Estado—dijo Angélica.

—Y como hombre de iglesia tú—replicó él vivamente.

La discusión fué ya muy agria. La señora de Granville dió á sus respuestas, siempre dulces y pronunciadas con voz tan clara como la campanilla de una iglesia, tanta torquedad, que



á la legua se descubría la influencia clerical. Cuando apeló á los derechos que le concedía la promesa de Granville y dijo que el confesor le prohibía ante todo asistir á los bailes, intentó el magistrado probarle que el cura traspasaba las leyes eclesiásticas. La disputa odiosa, teológica, fué renovada con mucha más violencia, y la hicieron más áspera uno y otro cuando él quiso llevarla al teatro. Por último, queriendo el magistrado abrir brecha en el pernicioso influjo que ejercía en el ánimo de su mujer el ex canónigo, condujo la disputa de modo que la señora de Granville, aceptando el reto que él hacía, escribiese á la corte de Roma preguntando si podía una mujer, sin comprometer su salvación, llevar descote, ir á los bailes y á los espectáculos para agradar á su marido. No tardó la respuesta del venerable Pío VII, condenando severamente la resistencia de la esposa y reprendiendo al confesor. Esta carta, verdadero catecismo conyugal, parecía dictada por la voz tierna de Fenelón, cuya dulzura y cuya gracia respiraba en sus párrafos. «Una mujer va bien por todas partes adonde la conduce su marido. Si obedeciéndole comete pecado, no será ella quien tenga que responder en su día». Estos dos pasajes de la homilia del papa hicieron que le tildaran de irreligioso la señora de Granville y su director espiritual. Pero antes de que llegara el breve pontificio, notó el sustituto la estricta observancia que su cónyuge le imponía los días de ayuno, y ordenó á sus criados que le sirvieran carne todo el año. Por mucho disgusto que causara á Angélica la orden, Granville, á quien tanto le importaban las comidas fuertes como las de vigilia, mantúvola con firmeza varonil. La más débil de todas las criaturas pensadoras ¡no se ve herida en lo más estimable de su ser cuando cumple, por instigaciones de otra voluntad distinta que la suya, lo que hubiera hecho naturalmente? La tiranía más odiosa es aquella que priva de continuo al alma del mérito de sus actos y de sus pensamientos: se abdica así sin haber reinado. No se pronuncia la palabra más dulce ni se manifiesta el sentimiento más tierno cuando creemos que se nos manda obedecer. Renunció luego el magistrado á celebrar fiestas y comidas y dejó de recibir á sus amigos. Parecía haber cubierto con crespones su casa; cuando el ama de ella es devota adquiere un aspecto particular: la servidumbre, siempre bajo la vigilancia de la mujer, no se elige sino entre las personas llamadas piadosas y que tienen cara de tales.

Lo mismo que el muchacho más jovial que entre en la policía tendrá la cara de un gendarme, ocurre que los que se entregan á las prácticas de devoción adquieren un carácter fisonómico uniforme; el hábito de bajar los ojos y guardar una actitud compungida les reviste de una librea hipócrita que los trapaceros saben llevar de una manera maravillosa. Después, los devotos forman una especie de república; se conocen todos: los criados que mutuamente se recomiendan son como raza aparte conservada por ellos, del modo que esos aficionados á los caballos no admjten uno en sus cuadras sin conocer perfectamente su origen. Cuanto más examinan los supuestos ímpios una casa devota, tanto más observan que todo lleva allí el sello de no sé qué desventuras; encuentran á la vez visos de avaricia ó de misterio, como entre los usureros, y esa humedad perfumada por el incienso que enfría las capillas. Ese arreglo sórdido y mezquino en las cosas y la estrechez de ideas que en todo se descubre, no puede indicarse más que con una sola palabra, y esa palabra es *gazmoñería*. En tan siniestras é implacables casas la *gazmoñería* se refleja en los muebles, en las estampas, en los cuadros: el hablar es de mojigatos, como el silencio que reina y los rostros que se ven. La transformación de los seres y de los objetos en mojigatería es misterio inexplicable, pero el hecho es que se nota. Todo el mundo puede haber observado que los beatos no andan, ni se sientan, ni hablan, como hablan, se sientan y andan el resto de los mortales; están ceñudos, no rien, la rigidez, la simetría reinan en todo, desde el gorro de la señora hasta su acerico de alfileres. Las miradas no son francas y abiertas; las gentes pasan como sombras y el ama parece que se ha sentado en un trono de hielo. Observó una mañana dolorosamente el pobre Granville todos los síntomas de la mojigatería en su casa. Se ven en el mundo ciertas sociedades en que existen los mismos efectos, sin que los produzcan las mismas causas. El aburrimiento traza alrededor de estas casas desgraciadas un círculo de hierro que encierra todo el horror del desierto y todo lo infinito del vacío. El hogar no es entonces una tumba, sino algo peor, un convento. Hallándose ya metido en esta esfera glacial, juzgó el magistrado á su mujer desapasionadamente: notó, con pena vivísima, la estrechez de sus ideas, que se revelaban en el modo como los cabellos estaban peinados sobre la frente humilde y ligeramente sombreada; vió



en la regularidad uniforme de los rasgos fisonómicos no sé qué de firme, de rígido, que le hizo aborrecible la fingida dulzura que le sugestionara antes. Adivinó que algún día, cuando le ocurriese cualquier desgracia, podían decirle aquellos labios delgados: «Es por tu bien, amigo mío». La cara de la señora de Granville adquirió un tinte pálido, una expresión sería que mataba la alegría de todos los que se le acercaban. ¿Operó este cambio que no es piedad, como no es la avaricia, economía? ¿era producto de esa sequedad que caracteriza á los mojigatos? Sería difícil acertarlo; acaso la belleza fría es una impostura. La imperturbable sonrisa que animaba su rostro mirando á Granville parecía en la dama una fórmula jesuítica de felicidad con que creía corresponder á todas las exigencias del matrimonio; su indulgencia hería, su belleza, no iluminada por el fuego de la pasión, antojábasele monstruosa á cuantos la conocían, y la más dulce de sus palabras molestaba: no obraba obediente al sentimiento, sino al deber. Defectos tienen las mujeres que pueden corregir las lecciones de la experiencia ó del marido, pero no hay nada que destruya la tiranía de las falsas ideas religiosas. La eternidad bienaventurada que tratan de conquistar, puesta en la balanza contra el goce mundano, triunfa de todo y hace llevarlo todo pacientemente. ¿No es eso el egoísmo divinizado, el yo más allá de la tumba? Resultó, pues, condenado el papa en el tribunal del infalible canónigo y de la devota. No cometer ninguna culpa es el sentimiento que reemplaza á todos los demás en estas almas despóticas. Hacía algún tiempo que combatían las ideas de los dos esposos, y el magistrado se cansó pronto de sostener una lucha que no acabaría jamás. ¿Qué hombre, por carácter que tenga, resiste á la vista de un rostro amorosamente hipócrita y á una exhortación categórica opuesta á los menores deseos? ¿Qué partido tomar contra una mujer que se sirve de la pasión que se le profesa para proteger su insensibilidad, que parece resuelta á seguir dulcemente inexorable, y mira á un marido como si fuera instrumento de Dios, como un mal cuyos azotes le evitan los del purgatorio? ¿Cómo se dará idea de esas mujeres que hacen odiar la virtud ofendiendo los preceptos más dulces de la religión que san Juan resumía así: «Amaos los unos á los otros»? Si había en las tiendas un solo sombrero condenado á quedar de muestra ó á

ser remitido á las colonias, seguro estaba Granville de que adornaría la cabeza de su esposa; si se fabricaba una tela de colores ó dibujos poco afortunados, con ella se disfrazaba. Esas pobres beatas son desesperantes en su tocado. La pérdida del gusto es uno de los defectos inseparables de su hipócrita devoción. Así, en la íntima existencia, que no puede llevarse sin las mayores expansiones del ánimo, se encontró Granville sin compañía. Y solo fué por el mundo á las fiestas, adonde podían darle un poco de bullicio. Nada simpaticizaba en su casa con él. Entre su cama y la de Angélica había un gran crucifijo colocado allí como si fuese el símbolo de su destino. ¿No representa á la divinidad condenada á muerte, al hombre dios, muerto en toda la belleza de la vida y de la juventud? El marfil de aquella cruz era menos frío que Angélica crucificando á su esposo en nombre de la virtud. Entre las dos camas nació el infortunio: porque la esposa sólo veía obligaciones que llenar en los placeres de himeneo. Allí fué, un miércoles de ceniza, donde se levantó la observancia de los ayunos, pálida y lívida figura, que con voz seca ordenó una cuaresma absoluta, sin que Granville juzgase oportuno escribir esta vez al papa, á fin de obtener un consejo del consistorio sobre la manera de cumplir este formalismo. La desgracia del pobre magistrado fué inmedible: ya no le quedaba ni el recurso de quejarse. ¿Qué tenía que decir? Poseía una mujer joven, linda, fiel á sus deberes, virtuosa, ¡modelo de todas las virtudes! Paría cada año un hijo, los alimentaba á sus propios pechos y los educaba en sanos principios. La caritativa Angélica fué elevada al rango de ángel. Las viejas que componían la sociedad en que vivía (pues en esta época las jóvenes no gustaban de lanzarse, por no ser aun de buen tono en la senda de la santidad) admiraron la abnegada conducta de la señora de Granville, considerándola, ya que no virgen, por lo menos mártir. Acusaron, no los escrúpulos de la mujer, sino la brutalidad procreadora del marido. Insensiblemente, Granville, agobiado por sus tareas, hastiado de placeres y cansado del mundo en que erraba solitario, cayó, hacia los treinta años, en el marasmo más horroroso. Le fué odiosa la existencia. Como considerase que las obligaciones de su cargo no le permitían dar ejemplo de una vida irregular, procuró aturdirse en el trabajo, y emprendió entonces una gran obra sobre el derecho. Pero no gozó mucho tiempo de la tranquili-



dad monástica con que contaba. Cuando la celeste Angélica vió que desertaba de las fiestas mundanales y trabajaba con bastante regularidad en su domicilio, intentó convertirle. Era un gran desconsuelo para ella saber que su marido profesaba creencias poco ortodoxas, y lloraba alguna vez pensando que si su marido parecía sorprenderiale la muerte en la impenitencia, sin que pudiera confiar nunca en poder arrancarle de las llamas eternas del infierno. Granville se vió, pues, forzado á resistir el embate de las vulgares ideas, de los razonamientos vacíos, de los pensamientos estrechos y tontos con que su mujer, creyendo que había conseguido la primera victoria, trataba de alcanzar la segunda, atrayéndole al regazo de la iglesia. Fué este el último golpe. ¿Hay algo más aflictivo que esas luchas sordas en que la obstinación de los devotos pretenden vencer de la dialéctica de un magistrado? ¿Qué puede ser más horroroso que esas agrías quisquillas á las cuales prefieren las gentes amorosas una puñalada? Granville huyó de la casa donde todo le era insupportable: sus hijos, avasallados por el despótico y frío poder de la madre, no se aventuraban á ir con su padre al teatro y no alcanzaba á proporcionarles distracción alguna sin atraerles castigos y más castigos de la tirana. Se vió arrastrado, aquel hombre tan amante, á la indiferencia egoísta y peor que la muerte. Salvó por lo menos de este infierno, llevándolos en edad temprana al colegio y reservándose el derecho de dirigir su educación. Rara vez intervenía entre la madre y las hijas, pero resolvió casarlas tan pronto como estuviesen en la pubertad. Nada hubiera justificado que adoptase una resolución violenta y extrema. Apoyada su esposa por un formidable escuadrón de viudas de calidad y nobles viejas, le hubiera hecho que le condenara el mundo entero. No tuvo otro recurso que vivir en un aislamiento completo; pero vencido por la tiranía de su desgracia, sus rasgos fisonómicos, marchitos á fuerza de amarguras y de trabajos, le inspiraban repugnancia á él mismo. Para colmo de males le asustaban sus relaciones, su trato con las damas aristócratas cerca de las cuales desesperó hallar consuelo alguno.

La historia, llena de enseñanzas, de este triste casamiento no ofreció escena ninguna digna de ser consignada en los quince años que corrieron de 1806 á 1821. La señora de Granville continuó siendo la misma cuando perdió el cora-

zón de su marido que durante los días en que se llamaba feliz. Pagó algunas novenas para rogar á Dios y á los santos que la iluminasen mostrándole los defectos que disgustaban á su esposo y los medios de recoger á la oveja descarriada; pero cuanto más fervorosas eran sus súplicas, menos comparecía Granville por la casa. Hacía unos cinco años que el abogado, á quien la Restauración concedió altos empleos en la magistratura, ocupaba el entresuelo de su hotel para evitar la vida en común con la condesa de Granville. Cada mañana ocurría una escena, que, si hay que creer á los maldicientes, se repite en el interior de muchos hogares, producida por ciertas incompatibilidades de carácter, por dolencias morales ó físicas, ó por las extravagancias que arrastran á no pocos matrimonios á las desventuras que vamos trazando en este cuento. A las ocho de la mañana, una doncella, muy parecida á las religiosas, llamaba en la puerta del conde de Granville. Introducida en el salón anterior al gabinete del magistrado, repetía al ayuda de cámara, y siempre en el mismo tono, el mensaje de la víspera:

—La señora me manda á preguntar al señor conde si ha pasado la noche bien, y si tendrá el gusto de almorzar en su compañía.

—El señor—contestaba el criado, después de haber transmitido la pregunta á su amo—presenta sus respetos á la señora condesa, y le suplica que acepte sus excusas; un asunto importante le obliga á correr al Palacio.

Un instante después se presentaba de nuevo la doncella, inquiriendo, de parte de su señora, si tendría la dicha de ver al señor conde antes de salir.

—Ya se ha ido—respondía el ayuda de cámara, y era muy frecuente que el cabriolé estuviera aún en el patio.

Este diálogo por medio de embajadores llegó á constituir el ritual cotidiano. El criado de Granville, que, favorito de su señor, había sido causa de muchas disputas en el hogar por su irreligión y por el relajamiento de sus costumbres, entraba por fórmula alguna vez en el cuarto donde su amo no estaba ya y volvía con las respuestas de rúbrica. La afligida esposa acechaba siempre el regreso de su marido y se colocaba en las gradas exteriores á fin de salirle al paso y presentársele como un remordimiento. La quisquilla minuciosa que anima los caracteres monásticos constituía el fondo del de la señora de Granville, quien entonces, á



la edad de treinta y cinco años, parecía tener cuarenta. Cuando, obligado por el decoro, dirigía Granville la palabra á su mujer ó se quedaba á comer en su mesa, feliz de imponerle su presencia, sus homilias agridulces y el insoportable fastidio de su sociedad de beatas, procuraba ella ponerle en ridículo delante de sus criados y de sus caritativas amigas. Ofrecióse al conde la presidencia de una cámara real, y como entonces estaba muy bien con la corte, rogó al ministro que le dejase en París. Esta renuncia, cuyos motivos sólo conocía el ministro de Justicia, sugirió las conjeturas más extravagantes á las íntimas y al confesor de la condesa. La fortuna de Granville podía valuarse en cien mil libras de renta, y perteneciendo á una de las casas más nobles de Normandía, su elevación á una presidencia era un peldaño que le serviría para llegar á la dignidad de par. ¿A qué atribuir que fuese tan poco ambicioso? ¿Cómo se explicaba que hubiese abandonado su gran obra sobre el derecho? ¿En qué apoyar aquella conducta disoluta que desde seis años atrás le hacía extraño á la casa, á su familia, á sus ocupaciones, á todo lo que debía serle querido? El confesor de la condesa, que para conseguir su obispado, contaba, tanto con el apoyo de las casas donde dominaba como con los servicios hechos á cierta congregación de la cual fué el más ardiente propagandista, se sintió contrariado por la negativa de Granville, y trató de calumniarlo con gratuitas suposiciones: si mostraba el señor conde tanta repugnancia á trasladarse á provincias, ¿es que le asustaba tal vez la necesidad en que se vería de regularizar su vida? Puesto en el caso de dar ejemplo de buenas costumbres, viviría con la condesa, de quien sólo podía apartarle una pasión ilícita; y una mujer tan pura como la señora de Granville ¿suscribiría nunca á los desórdenes sobrevenidos en la conducta de su marido?... Las buenas amigas transformaron en verdades estas palabras, que desgraciadamente no eran simples hipótesis, y Angélica sufrió una conmoción, como herida por el rayo. Sin conocimiento de las costumbres que privaban en la alta sociedad, ignorante en cosas de amor y de sus locuras, estaba tan lejos de pensar que el matrimonio pudiera contener incidentes distintos á los que le enajenaron el corazón de Granville, que le juzgó incapaz de faltas tales que para todas las mujeres son crímenes. Cuando ya nada reclamó el conde de ella, había imaginado que la tranquilidad de que

parecía poseído era cosa muy natural; y como le había entregado todo el afecto que podía encerrar su pecho hacia un hombre, y las conjeturas del confesor destruían por completo las ilusiones que alimentara hasta aquel punto, tomó la defensa de su esposo, aunque sin poder destruir la sospecha tan hábilmente deslizada en su espíritu. Estos reuelos causaron tales estragos en su débil cerebro, que cayó enferma y fué presa de una fiebre lenta. Ocurrieron estos sucesos durante la cuaresma de 1822, y como no quiso dejar sus austeridades, llegó poco á poco á una consunción que hacía temer por su vida. Las miradas indiferentes de Granville la mataban. Los cuidados y las atenciones del magistrado parecíanse á las que un sobrino se esfuerza en prodigar al tío viejo. Aunque la condesa renunció á sus matracas y no sermoneaba ya, haciendo lo posible por acoger á su marido dirigiéndole cariñosas palabras, la aspereza del genio de la santurróna destruía á menudo con una sola palabra la obra de una semana. Hacia fines de mayo, las tibias auras de primavera y un régimen más nutritivo que el empleado durante la cuaresma, devolvieron algunas fuerzas á la señora de Granville. Una mañana, al volver de misa, fué á sentarse sobre un banco de piedra de su jardínillo, donde las caricias del sol le recordaban los primeros días de su casamiento, y abrazó de una ojeada su vida entera para inquirir en qué había podido faltar á sus deberes de madre y de esposa. El abate Fontanón se presentó dando muestras de una agitación que fuera difícil describir.

—¿Le ha ocurrido á usted alguna desgracia, padre?— preguntó ella con filial solicitud.

—¡Ay! bien querría yo—replicó el sacerdote normando—que todos los infortunios con que aflige á usted la mano de Dios, me fuesen distribuidos; se trata, mi respetable amiga, de una de esas pruebas á que es necesario saber someterse.

—¿Cómo? ¿pueden sobrevenirme castigos más grandes que aquellos con que me anonada su providencia, sirviéndome de mi marido como instrumento de la cólera divina?

—Prepárese usted, hija mía, á soportar males más graves que los que habíamos supuesto de acuerdo con las piadosas amigas.

—Debo agradecer entonces á Dios que se digne servirse de usted para transmitirme sus designios, colocando así,



como siempre, los tesoros de su misericordia cerca de los azotes de su ira, como antes, desterrando á Agar, le descubría un manantial en el desierto.

—Ha medido la pena por la fuerza de su resignación de usted y el peso de sus faltas.

—Hable usted, que estoy pronta á oírlo todo.—Y diciendo así, levantó la condesa los ojos al cielo.—Hable usted, señor Fontanón.

—Hace siete años que el señor Granville comete pecado de adulterio con una concubina, de quien tiene dos hijos, y ha disipado, para sostener á esa familia adulterina, más de quinientos mil francos, que debieran pertenecer á la familia legítima.

—Sería preciso que yo lo viese por mis propios ojos.

—¡Guárdese usted bien de ello! Usted debe perdonar, hija mía, y esperar en la oración que Dios ilumine á su esposo, á menos que no emplee contra él los medios que le ofrecen las leyes humanas.

El largo palique que sostuvo el abate con la condesa produjo en ella un cambio violento; despidió la penitente al confesor; mostróse, con la cara casi encendida de color, á la servidumbre, que se asustó viendo su actividad de loca; mandó que engancharan sus caballos; dió contraorden en seguida; cambió de parecer veinte veces en la misma hora, y al cabo, como si hubiera tomado una resolución extrema, salió á las tres, dejando admirada á la casa por trastorno tan brusco.

—¿Volverá el señor á comer?—preguntó al ayuda de cámara con quien no hablaba jamás.

—No, señora.

—¿Le ha llevado usted al Palacio esta mañana?

—Sí, señora.

—¿No es lunes hoy?

—Sí, señora.

—¿Es que se asiste ahora al Palacio los lunes?

—¡Que te lleve el diablo!—exclamó el criado viendo partir á su ama, quien dijo al cochero: «Calle Taitbout.»

La señorita de Bellefeuille lloraba; á su lado estaba Roger, con una de las manos de la pobre mujer entre las suyas, silencioso, y dirigiendo de cuando en cuando sus dulces miradas á Carlitos, que, como no entendía palabra del duelo de su madre, permanecía quieto viéndola llorar, y la cuna

donde dormitaba Eugenia. Fijábase luego en el rostro de Carolina, cuya tristeza diríase que era como la lluvia cayendo á través de los rayos de un sol radiante.

—Pues sí, ángel mío—dijo Roger después de una pausa larga,—ahí tienes el gran secreto, soy casado. Pero llegará un día, esa esperanza tengo, en que no constituyamos más que una sola familia. Mi mujer está desde mayo muy quebrantada; no deseo su muerte, pero si le place á Dios llamarla á su seno, me parece que será más feliz en el paraíso que en un mundo cuyas penas y cuyos goces no siente.

—¡Cuánto aborrezco á esa mujer! ¿Cómo ha podido hacerse desventurado? Y, sin embargo, á esa desgracia debo mi felicidad.

Enjugó sus lágrimas y dió un beso á Roger.

—Esperemos, Carolina. No te asuste lo que te ha dicho ese abate. Aunque sea el confesor de mi mujer hombre temible por su influencia en la congregación, si intentase turbar nuestra dicha, sabría yo adoptar el partido...

—¿Qué harías?

—Huir; iríamos á Italia.

Un grito que resonó en el cuarto próximo hizo á la vez estremecerse á Roger y temblar á la señorita de Bellefeuille, y les obligó á entrar precipitadamente en el salón donde hallaron á la condesa desvanecida. Al recobrar los sentidos, suspiró la señora de Granville profundamente viendo que tenía al lado, junto con el conde, á su rival, que rechazó con un gesto involuntario de soberano desprecio.

La señorita de Bellefeuille se levantó, haciendo ademán de retirarse.

—Está usted en su casa, señora; quédese usted—dijo Granville deteniendo á Carolina por el brazo.

Cogió á su mujer moribunda, llevóla hasta el coche y subió con ella.

—¿Qué puede haberle obligado á desear mi muerte y abandonarme?—preguntó la condesa con voz débil, contemplando á su marido tan indignada como dolorida.—¿No era joven yo? Le había parecido á usted bella ¿qué tiene, pues, que echarme en cara? ¿no he sido virtuosa y prudente? Mi corazón sólo ha conservado su imagen; en mis oídos sólo ha resonado su voz. ¿Qué deber tiene una casada, que no haya cumplido? ¿qué le he rehusado?

—La felicidad—respondió el conde con voz firme.—Ya



lo sabe usted, señora; hay dos maneras de servir á Dios. Ciertos cristianos imaginan que entrando á horas fijas en una iglesia para rezar *Pater noster*, oyendo asiduamente misa y absteniéndose del más leve pecado, ganan el cielo; y esos, señora, van al infierno, porque no han amado á Dios por amor de Dios mismo, no le han adorado como quiere que se le adore, ni le han hecho ningún sacrificio. Aunque parezcan dulces, son duros para el prójimo; ven la regla, la letra, y no el espíritu. Así se ha portado usted con su esposo de la tierra: sacrificando mi dicha á su salvación de usted. La encontraba á usted rezando cuando yo llegaba con el corazón lleno de júbilo, y se ponía usted á llorar cuando debiera distraerme del cansancio de mis tareas: no ha sabido usted satisfacer exigencia alguna en mis placeres.

—Y si eran criminales—exclamó la condesa con ardor—¿iba yo á perder mi alma por complacerle á usted?

—Hubiera sido un sacrificio, que otra más amante ha tenido el valor de hacerme—dijo fríamente Granville.

—¡Oh, Dios mío!—sollozó ella—¡ya le oyes! ¿Era digno de mis plegarias y de mi austeridad, en que me he agotado y consumido para lavar sus faltas y las mías? ¿Para qué sirve la virtud?

—Para ganar el cielo, querida. No se puede ser á un mismo tiempo esposa de un hombre y esposa de Jesucristo, porque se cometería delito de bigamia: es necesario saber optar entre un marido y un convento. Ha despojado usted su alma de todo amor, en beneficio de la vida futura, de toda la abnegación que Dios mandaba que se me tuviese, y no ha guardado usted para el mundo más que sentimientos de odio...

—¿No le he amado á usted nunca?

—No, señora.

—¿Qué es, pues, el amor?—inquirió involuntariamente la condesa.

—El amor, querida...—añadió Granville con una especie de sorpresa irónica—no está usted en condiciones para comprenderlo. El cielo frío de Normandía no puede ser el cielo alegre y radiante de España. No hay duda que en la cuestión de los climas está el secreto de nuestra desgracia. Amoldarse á nuestros caprichos, adivinarlos, gozar en el mismo sufrimiento, sacrificarnos la opinión de las gentes, el amor propio, hasta la religión, y no considerar estas ofrendas más

que como granos de incienso quemados á la gloria del ídolo, eso es amor...

—Amor de bailarinas de la Opera gritó la condesa horrorizada.—Esas pasiones deben ser efímeras, y no pueden dejar más que cenizas ó ascuas, pesadumbre ó desesperación. La esposa, caballero, debe ofrecer, en mi sentir, una amistad verdadera, un afecto uniforme, tibio, y...

—Usted habla del calor como los negros del frío—repuso el conde con sonrisa sardónica.—Tenga usted en cuenta que la margarita más humilde es más seductora que la rosa con espinas más orgullosa y brillante, aunque nos atraigan por sus penetrantes perfumes y sus vivos colores en primavera. Por otra parte, quiero hacerle á usted justicia. Se ha mantenido usted tan bien en la línea del deber, según las apariencias que la ley ha prescrito, que para demostrarle en qué ha faltado respecto á mí, fuera preciso entrar en ciertos pormenores que su dignidad no sabría tolerar y que le parecerían el trastorno de toda moral.

—¿Se atreve usted á hablar de moral, saliendo de la casa donde ha disipado usted la fortuna de sus hijos, en un antro de corrupción y libertinaje?—saltó fuera de sí y furiosa por las reticencias de su marido.

—Señora, alto ahí—dijo el conde con toda su sangre fría, interrumpiendo á su mujer.—Si la señorita de Bellefeuille es rica, no lo es á costa de nadie. Mi tío era dueño de su fortuna, y tenía varios herederos; en vida, y por pura devoción á la que consideraba como sobrina, le ha cedido su tierra de Bellefeuille. El resto lo debo á sus liberalidades...

—Conducta digna de un jacobino—exclamó la piadosa Angélica.

—Olvida usted, señora, que su padre fué uno de esos jacobinos; que, siendo mujer, condena usted con tan poca caridad—observó severamente el conde.—El ciudadano Bonnets firmó sentencias de muerte en el tiempo en que mi tío no ha hecho más que servicios á Francia.

Callóse la señora de Granville. Pero después de una pausa, despertó el recuerdo de lo que acababa de ver, los celos, que con nada de este mundo se destruyen en el corazón de la mujer, y murmuró en voz baja y como hablando consigo misma:

—¡Y que pueda perderse así su alma y la de los demás!

—Eh, señora—replicó el conde cansado de aquella con-



versación;—quizás le toque á usted responder de todo esto algún día.—Esta amenaza hizo temblar á la condesa.—Tendrá usted excusa, es indudable, á los ojos del juez indulgente, por la buena fe con que usted ha labrado mi desgracia, y yo no la odio; á quien aborrezco es á las gentes que han maleado su alma y revuelto su juicio. Usted ha rogado por mí, de igual manera que la señorita de Bellefeuille me ha entregado su corazón, colmándome de amor y de ternura. Debía usted haber sido, una cosa tras de otra, mi amante y la santa que ruega al pie del altar. Hágame la justicia de confesar que no soy malo ni libertino. Mis costumbres son puras. ¡Ay de mí! Al cabo de siete años de sufrimiento, el ansia, la necesidad de ser feliz, me ha conducido, por una pendiente insensible y suave, á amar á otra mujer, y á crear-me otra familia á más de la mía. No crea usted que soy yo el único: hay en esta capital millares de maridos, arrastrados todos por causas distintas á esta doble existencia.

—¡Gran Dios!—suspiró la condesa.—¡Cuán pesada de llevar es ahora mi cruz! Si el esposo que me ha impuesto tu cólera no puede ser feliz aquí abajo más que con mi muerte, llámame á tu seno.

—Si hubiera tenido siempre sentimientos tan admirables y tan plausible abuegación, aun seríamos dichosos—contestó firmemente el conde.

—Pues bien—agregó Angélica derramando un torrente de lágrimas,—¡perdóname si he faltado! Sí, señor; estoy pronta á obedecer en todo, segura de que usted nada desea fuera de lo justo y natural: seré en lo sucesivo todo lo que quiere usted que sea la esposa.

—Señora, si la intención es obligarme á declarar que ya no os amo, tendré el horrible valor de ilustrarla sobre este punto. ¿Puedo mandar en mi corazón? ¿puedo borrar, ni por un solo instante, el recuerdo de quince años de martirio? No amo ya. Estas palabras encierran un misterio tan profundo como el contenido en la frase «amo». La estimación, la consideración, la deferencia, se ganan, desaparecen, vuelven; pero el amor, así estuviera reclamándolo mil años, no conseguiría hacerlo renacer, sobre todo para una dama que ha envejecido por capricho suyo.

—¡Ah, señor conde! deseo sinceramente que esas palabras no las oiga usted algún día de labios de la que adora, en el tono y el acento con que usted las pronuncia...

—¿Quiere usted ponerse esta noche un vestido á la griega y venir á la Opera?

El estremecimiento de calorío que esta pregunta causó con empuje raudo y súbito á la condesa, fué una respuesta muda.

A media noche de uno de los primeros días del mes de diciembre de 1833, pasaba por la calle de Gaillon un hombre cuyos cabellos enteramente blancos y cuyo rostro parecía anunciar que le habían envejecido, más que los años, los pesares. Detúvose delante de una casa humilde que sólo tenía dos pisos, y examinó una de las ventanas levantadas á la altura del techo y guardando distancias iguales, como se ve en las buhardillas. Débil era el resplandor que iluminaba aquella pobre cristalería, en que el papel reemplazaba en algunos cuadros á los vidrios. El transeunte miraba aquella claridad vacilante con la curiosa atención de los callejeros parisienses, cuando salió de pronto un joven, y como los pálidos vislumbres del reverbero daban en el rostro del observador, no admirará á nadie que, á pesar de las tinieblas de la noche, aquél se adelantase con las precauciones que se emplean en París cuando uno teme equivocarse al tropezar con persona que no nos parece desconocida.

—¡Cómo!—dijo.—¿Es usted, señor presidente, solo, á pie, y á estas horas, y tan lejos de la calle de San Lázaro? Permítame que me honre ofreciéndole el brazo. El piso está tan resbaladizo esta madrugada que si no nos sostenemos mutuamente—añadió queriendo trastear la vanidad del viejo—nos será muy difícil evitar una caída.

—Pero, querido señor, conste que no tengo más que cincuenta y cinco años, desgraciadamente para mí—respondió el conde de Granville.—Un médico tan célebre como usted no debe ignorar que el hombre está á esa edad en toda la plenitud de su fuerza.

—Está usted, pues, de suerte—añadió Horacio Bianchón.—No tiene usted, á lo que presumo, costumbre de ir á pie por París. Cuando se poseen tan hermosos caballos...

—Es que son muchas las veces—siguió diciendo el conde;—cuando no voy á ciertas reuniones, vuelvo del Palacio Real ó del círculo de los Extranjeros pedestremente.



—Y llevando, sin duda, grandes sumas en el bolsillo ¿Qué es eso sino jugar con el puñal de los asesinos?

—No les temo—murmuró Granville con aire triste é indiferente.

—Por lo menos no se queda uno plantado—observó el médico arrastrando al juez hacia el *boulevard*.—A poco creería que quiere usted robarme su enfermedad y morir á otra mano que á las mías.

—¡Ah! me ha sorprendido usted ejerciendo de espía. A pie ó en coche, y por alta que sea la hora de la noche, hace tiempo que mis miradas van detrás de una ventana del tercero de la casa que acaba usted de abandonar y donde descubro la sombra de un ser que, según parece, trabaja con valor heroico.—Detúvose el conde como si hubiera sentido una pena que le asaltara de improviso. Después continuó:—Me inspira ese desván tanto interés como el que puede inspirarle á cualquier ciudadano de París el remate del Palacio Real.

—Pues, mire—interrumpió con viveza Horacio,—yo puedo...

—No me diga usted lo más mínimo—dijo Granville cortando la palabra á su médico.—Ni un céntimo daría por saber si la sombra que se mueve sobre esas cortinas agujereadas pertenece á un hombre ó á una mujer, ni si el habitante de ese cuchitril es dichoso ó desgraciado. Si me ha sorprendido el no ver á nadie trabajando esta noche, si me detuve fué por el capricho de hacer conjeturas tan variadas y tontas como las que hacen los desocupados en presencia de una construcción súbitamente abandonada. Hace nueve años, mi joven...—pareció que vacilaba el conde en emplear un vocablo; se encogió de hombros y prosiguió:—No, no le llamaré á usted mi amigo; detesto todo cuanto afecte á los sentimientos. Decía que hace nueve años que no me admiro de nada, sino en la medida que los viejos se complacen cultivando flores ó plantando árboles; la experiencia de la vida les ha enseñado á no creer en los afectos humanos. En pocos días he envejecido yo. No quiero interesarme sino por los animales que no razonan, por las plantas, por todo lo que carece de vida íntima, interior. No hago más caso de los movimientos de la Taglioni que de todos los sentimientos humanos. Abomino de la vida y de un mundo en que estoy solo. Nada, nada—agregó levantando la voz con ex-

presión tal, que hizo vacilar al joven,—no, nada me conmueve ni me interesa.

—¿Tiene usted hijos?

—¡Mis hijos!—suspiró con marcado acento de amargura.—¿No es la mayor de mis hijas condesa de Vandenesse? En cuanto á la otra, el casamiento de su primogénita le prepara una bella alianza. ¿Mis hijos no están bien acomodados? El vizconde, de procurador general que era en Limoges, ha pasado á ser presidente de Orleans, y el pequeño vive aquí y es procurador del rey. Mis hijos tienen sus preocupaciones, sus inquietudes, sus asuntos. Si uno solo de sus corazones se hubiera consagrado enteramente á mí, queriendo llenar con su afecto el vacío que siente mi alma, ese hubiera echado á perder su existencia, su porvenir, sacrificándose. Y después de todo ¿para qué? ¿Para alegrar los pocos años que me quedan? ¿Lo hubiera conseguido? ¿No hubiera yo considerado sus generosas atenciones como una deuda? Pero...—el viejo sonrió con profunda ironía.—Pero, doctor, no les enseñamos en vano la aritmética, ni en vano aprender á calcular. En estos instantes esperan, sin duda, mi herencia.

—¡Oh, señor conde! ¿Cómo puede usted abrigar esa idea, siendo tan bueno, tan obsequioso, tan humano? En verdad, que si no fuera yo una prueba viva de esa beneficencia que concibe usted tan hermosa, tan sin límites...

—Por mi gusto. Pago una emoción, como pagaré mañana con un puñado de oro la más pueril de las ilusiones que se me meta en el espíritu... Favorezco á mis semejantes en atención á mí mismo, por el propio motivo que voy á una mesa de juego; de manera, que no cuento nunca con que me lo agradezca nadie. Le vería morir á usted sin parpadear, y pido que de esa manera se me considere. ¡Ah, joven! la vida ha pasado con sus trastornos por mi corazón, como las lavas del Vesubio sobre Herculano: la ciudad existe, muerta.

—Los que han arrastrado á ese punto de insensibilidad un alma tan ardiente y tan viva como lo era la de usted, son muy culpables.

—No diga usted una palabra más—saltó el conde con sentida mueca de horror.

—Sufre usted una enfermedad, que habría de permitirme que la curase—dijo Bianchón muy emocionado.



—¿Conoce usted un remedio contra la muerte?

—Pues bien, me comprometo, señor conde, á reanimar ese corazón que usted cree tener tan frío.

—¿Vale usted tanto como Talma?—preguntó con fina ironía el presidente.

—No, señor; pero la naturaleza es tan superior á Talma, como Talma podría ser superior á mí. Escúcheme. La buhardilla que tanto le interesa, está habitada por una mujer de treinta años, y el amor que ella siente raya en el fanatismo. El objeto de su culto es un joven de linda figura, pero á quien un hado perverso ha dotado de todos los vicios imaginables. Es jugador, y no sé qué le gusta más, si las mujeres ó el vino. Tengo conocimiento de que ha cometido bajezas bien dignas de una prisión correccional. Bueno, pues esa mujer desgraciada le ha sacrificado una existencia muy bella, un hombre que la adoraba y de quien tenía hijos. Pero ¿qué le pasa á usted, señor conde?

—Nada, continúe.

—Le ha dejado ella disipar toda una fortuna, y le daría el mundo, según creo, si lo tuviese en su mano. Trabaja noche y día; y ha visto con mucha frecuencia, sin quejarse, á ese monstruo á quien adora, malgastarle hasta el dinero destinado para pagar los vestidos de que carecen sus hijos, y el dinero que se guardaba para comer al día siguiente. Hace tres días que ha vendido los cabellos, los más hermosos cabellos que he visto nunca: en eso llegó él, sin que la pobre tuviera tiempo para esconder su pieza de oro, y el infame se la ha pedido; por una sonrisa, por una caricia, le ha entregado ella el valor de quince días de vida y de tranquilidad. ¿No es eso horrible y sublime á la vez? Pero el trabajo empieza á hundirle las mejillas. El llanto de sus hijos le ha desgarrado el alma, y ha caído enferma. Esta noche no tenía nada que comer y á sus hijos les faltaban ya fuerzas para llorar. Se callaron cuando yo llegué.

Horacio Bianchón interrumpió su relato. El conde de Granville había metido inconscientemente su mano en el bolsillo del chaleco.

—Me explico, joven amigo, que ella pueda vivir aún, si usted la cuida.

—¡Ah! ¡quién no socorrería á la pobre criatura! Quisiera ser más rico, pues confío en curarla de su apasionamiento.

—Pero—observó el conde retirando de su bolsillo la

mano sin que el médico viese los billetes que parecía haber buscado su protector—¿cómo quiere usted que me apiade de una miseria, en que hay un goce que no me parecería caro, aunque tuviese que dar por él toda mi fortuna? Esa mujer siente, pues vive. ¿No habría dado Luis XV todo su reino por levantarse de su sepulcro y gozar tres días de juventud y de vida? ¿No es esa la misma historia de un millar de muertos, de un millar de enfermos, de un millar de viejos?

—¡Pobre Carolina!—exclamó el médico.

Al oír este nombre, sintió el conde de Granville una especie de desvanecimiento, y agarró por un brazo al médico, que imaginó que le oprimían las dos bocas de hierro de un tornillo.

—¿Se llama Carolina Crochard?—preguntó el presidente con la voz alterada.

—¿La conoce usted?—dijo el doctor admirado.

—Y el miserable se llama Solvet... ¡Ah! me ha cumplido usted su palabra; ha conmovido usted mi corazón con la más terrible de las emociones que sufrirá hasta que se convierta en polvo. Esta emoción es un regalo más que me trae el infierno, y yo sé cómo agradecersele.

Habían llegado hablando así, el conde y el médico, al ángulo de la calle *Chaussée-d'Antin*. Uno de esos niños que se ven de noche con una banasta de mimbre á la espalda y un gancho en la mano, y que han sido bautizados festivamente, durante la revolución, con el nombre de «miembros del comité de investigaciones», se encontraba cerca del guardacantón donde se acababa de detener el presidente. Este traperero tenía una cara aviejada, digna de figurar entre las que Charlet ha inmortalizado en sus caricaturas de la escuela del barrendero.

—¿Encuentras muchas veces billetes de mil francos?—le preguntó el conde.

—Alguna vez, nostramo.

—¿Y los devuelves?

—Según la recompensa prometida...

—Ya encontré á mi hombre—gritó el conde presentando al traperero un papel de mil francos.—Toma, pero á condición de que los gastes en la taberna, de que te emborraches, de que armes camorra, de que pegues á tu mujer, de que saques los ojos á tus amigos. Esto pondrá en movi-



miento á la guardia, á los cirujanos, á los farmacéuticos, quizás á los gendarmes, á los procuradores del rey, á los jueces y á los carceleros. Nada cambies de este programa, ó ya sabrá el diablo vengarse tarde ó temprano de ti.

Sería preciso que un mismo hombre poseyera á la vez el lápiz de Charlet y el de Callot, los pinceles de Teniers y el de Rembrandt, para pintar exactamente esta escena nocturna.

—Ya está saldada mi cuenta con el infierno, y he gozado con mi dinero—dijo el conde con voz grave, señalando al médico, que le miraba estupefacto, la cara indescriptible del sorprendido traperero.—En cuanto á Carolina Crochard—añadió,—puede morir torturada por los horrores del hambre y de la sed, oyendo los gritos desgarradores de sus hijos moribundos y reconociendo la baja condición del hombre á quien ama: no daría un denario para evitar que sufra, y no quiero volverle á ver á usted, sólo porque la ha socorrido...

Dejó el conde á Bianchón más inmóvil que una estatua, y desapareció, dirigiéndose con la ligereza de un joven hacia la calle de San Lázaro, llegando prontamente al hotel en que habitaba, y en cuya puerta vió, no sin viva sorpresa, detenido un carruaje.

—El señor procurador del rey—dijo el ayuda de cámara á su amo—está esperándole hace una hora para hablarle, y está en su dormitorio.

Granville mandó al criado que se retirase.

—¿Tan importante es el motivo que te obliga á quebrantar la orden que he dado á mis hijos para que no vengán á mi casa sin que se les llame?—preguntó el anciano á su hijo.

—Padre mío—respondió el magistrado con voz trémula y respetuosa,—espero que me perdonará usted cuando me haya escuchado.

—La contestación es atendible. Siéntate. Pero que yo ande ó que esté sentado, no hagas caso de mí.

—Padre mío, esta tarde á las cuatro se ha detenido á un muchacho joven en casa de un amigo mío, donde acababa de cometer un robo. Reclama en su nombre y pretende que es hijo de usted.

—¿Se llama...?—preguntó el conde temblando.

—Carlos Crochard.

—Basta—gritó el padre con gesto imperativo.

Paseóse Granville por la estancia donde reinó tan grave silencio, que su hijo se guardó de turbar.

—¡Mi hijo...!—Y fueron pronunciadas estas palabras en un tono tan dulce y paternal, que el magistrado se estremeció.—Carlos Crochard no ha mentido. Me alegro de que hayas venido esta noche, mi buen Eugenio. Aquí tienes una suma bastante fuerte—y le presentó un fajo de billetes del Banco.—Haz el uso que estimes conveniente para arreglar eso. Confío en ti, y apruebo desde luego todas tus disposiciones, sea para el momento, sea para lo porvenir. Ven á abrazarme, querido hijo; nos vemos quizás por la última vez. Mañana pediré licencia al rey, me voy á Italia. Si un padre no debe dar cuenta de su vida á los hijos, debe, por lo menos, legarles la experiencia que le ha dado la suerte; porque, ¿acaso no constituye ese fondo de enseñanzas una parte de la herencia? Cuando te cases no realices con ligereza este acto, que es el más grave y el de más transcendencia de todos los actos á que nos obliga la sociedad. Acuérdate de estudiar mucho tiempo el carácter de la mujer con quien debas asociarte; pero consúltame, pues quiero juzgarla por mí mismo. La unión incompleta, defectuosa, entre dos esposos, cualquiera que sea la causa que la haya producido, acarrea horribles infortunios; y tarde ó temprano nos vemos castigados, por no obedecer las leyes sociales. Te escribiré desde Florencia á este propósito; un padre, sobre todo cuando tiene el honor de presidir una Cámara suprema, no debe ruborizarse en presencia de su hijo. Adiós.

París, febrero 1830.—Enero 1842.

